



Talmíd תלמיד “una palabra hebrea la cual significa un verdadero discípulo que desea ser lo que el Rabí Jesús es.”

El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo. 1 Juan 2:6 (RVR)

VOLUME 9 ISSUE 8

1 DE AGOSTO DE 2,017

PROCURA CON DILIGENCIA PRESENTARTE A DIOS APROBADO, COMO OBRERO QUE NO TIENE DE QUÉ AVERGONZARSE, QUE USA BIEN LA PALABRA DE VERDAD. 2 TIMOTEO 2:15



Dr. Eddie Ildfonso

*West Los Angeles Living Word Christian Center
Los Angeles, California*

*Professor, Covington Theological Seminary
Executive Vice President and Dean of
Covington Theological International Studies*

Todo por Gracia

¡Ay, yo no puedo hacer nada!

Después de que el corazón ansioso ha aceptado la doctrina de la expiación, y ha aprendido la gran verdad de que la salvación es por fe en el Señor Jesús, a menudo se ve profundamente turbado por un **sentido de incapacidad** hacia lo que es bueno. Muchos gimen: “No puedo hacer nada”. No están haciendo de esto una excusa, sino que la sienten como una carga diaria. Lo harían si pudieran. Cada uno de ellos podría decir honestamente: “**El querer el bien está en mí, pero no el hacerlo**”.

Este sentimiento pareciera anular a todo el Evangelio y volverlo vano; pues, ¿para qué le sirve el alimento a alguien hambrien-

to si no puede alcanzarlo? ¿Cuál es el provecho del río del agua de vida si uno no puede beber de él? Recordamos la historia del doctor y del hijo de la pobre mujer. El sabio practicante le dijo a la madre que su pequeñito mejoraría pronto bajo el tratamiento apropiado. Pero era absolutamente necesario que su niño bebiera regularmente el mejor vino, y que debería pasar una temporada en alguno de los establecimientos de salud de Alemania. ¡Esto se lo decía a una viuda que a duras penas podía conseguir pan para comer! Ahora, al corazón turbado le parece a veces que el simple Evangelio de “**cree y vive**”, no es, después de todo, tan sencillo, pues le pide al pobre pecador que haga aquello que no puede hacer. Para el que ha despertado realmente, pero está instruido a medias, parecería haber un eslabón perdido; allá está la salvación de Jesús, pero ¿cómo se puede alcanzar? El alma no tiene fuerzas, y no sabe qué hacer. Se encuentra a la vista de la ciudad de refugio, pero no puede entrar por sus puertas.

¿Se han tomado precauciones para esta falta de fuerzas en el plan de salvación? Sí. La obra del Señor es perfecta. Comienza allí donde estamos, y no exige nada de nosotros para su conclusión. Cuando el buen samaritano vio al viajero tendido, herido y medio muerto, no le pidió que se levantara y le siguiera, ni que montara en su asno y cabalgara al mesón. No, “**vino cerca de él**”, y le ministró, y le puso en su cabalgadura y lo llevó al mesón. Así trata el Señor Jesús con nosotros en nuestro estado miserable y desventurado.

Hemos visto que Dios es el que justifica, que justifica a los impíos, y que los

justifica por medio de la fe en la preciosa sangre de Jesús; ahora tenemos que ver la condición en la que se encuentran estos impíos cuando Jesús obra su salvación. Muchas personas que han despertado no sólo están turbadas por su pecado, sino también por su debilidad moral. No tienen ninguna fuerza con la cual escapar del cieno en el que han caído, ni mantenerse fuera de él en los días posteriores. No sólo se lamentan por lo que han hecho, sino por lo que no pueden hacer. Se sienten impotentes, desvalidos, y sin vida espiritualmente. Podría parecer extraño decir que se sienten muertos, y, sin embargo, así es. Son, en su propia estima, incapaces para todo bien. No pueden viajar en el camino al cielo pues sus huesos están rotos. **“No hizo uso de sus manos ninguno de los varones fuertes”**; de hecho, ellos **“son débiles”**. Felizmente está escrito como encomio del gran amor de Dios hacia nosotros: **“Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, A su tiempo murió por los impíos.”**

Aquí vemos socorrida a la impotencia consciente: socorrida por la mediación del Señor Jesús. Nuestra impotencia es extrema. No está escrito: **“Cuando éramos comparativamente débiles Cristo murió por nosotros”**; o, **“Cuando teníamos sólo un poco de fuerza”**; más la descripción es absoluta e irrestricta; **“Cuando aún éramos débiles”**. No teníamos ninguna fuerza de ningún tipo que pudiera ayudar en nuestra salvación; las palabras de nuestro Señor eran enfáticamente ciertas: **“Separados de mí nada podéis hacer”**. Podría ir más allá del texto y recordarte del gran amor con el que el Señor nos amó, **“cuando estábamos muertos en nuestros delitos y pecados”**. Estar muerto es peor aún que no tener fuerzas.

La única cosa en la que el pobre pecador desfallecido ha de fijar su mente y retener firmemente, como su única base de esperanza, es la seguridad divina que **“Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos”**. Cree esto y toda incapacidad desaparecerá. Tal como dice la fábula de Midas, que todo lo que tocaba lo convertía en oro, lo mismo es cierto de la fe, que todo lo que toca lo convierte en bien. Nuestras propias necesidades y debilidades se tornan en bendiciones cuando la fe trata con ellas.

Detengámonos en ciertas formas de esta carencia de fuerzas. Para comenzar, alguien dirá: “señor, parece que ni siquiera tengo **fuerzas para recoger mis pensamientos**, y mantenerlos fijos en esos solemnes tópicos que conciernen a mi salvación; una breve oración es casi demasiado para mí. Es así en parte, quizás, por causa de la debilidad natural, en parte

porque me he lesionado a mí mismo por culpa de la disipación, y en parte también porque me preocupo por mis cuidados mundanos, de tal manera, que no soy capaz de esos elevados pensamientos que son necesarios antes de que un alma pueda ser salvada”.

Esta es una forma muy común de debilidad pecaminosa. ¡Escúchame! Tú no tienes ninguna fuerza en este punto; y hay muchos que son como tú. No podrían hilvanar una serie de pensamientos consecutivos para salvar sus vidas. Muchos pobres, hombres y mujeres, son analfabetos y sin preparación, y para ellos los pensamientos profundos serían una tarea muy pesada. Otros son tan superficiales y tan frívolos por naturaleza, que para ellos sería tan difícil seguir un largo proceso de argumentación y razonamiento, como sería difícil volar. Nunca podrían alcanzar el conocimiento de algún misterio profundo, aunque gastaran su vida entera en el intento. *Tú*, por tanto, no debes desesperar: lo que se necesita para la salvación no es el pensamiento continuo, sino una simple confianza en Jesús.

Apégate a este hecho único: **“Cristo... a su tiempo murió por los impíos”**. Esta verdad no requerirá de ti ninguna investigación profunda ni penetrante razonamiento, ni argumentación convincente. Allí está: **“Cristo... a su tiempo murió por los impíos”**. Fija tu mente en eso, y reposa allí.

Este hecho glorioso, gracioso y grandioso ha de permanecer en tu espíritu hasta que perfume todos tus pensamientos, y te conduzca a regocijarte a pesar de que estás sin fuerzas, viendo que el Señor Jesús se ha convertido en tu fuerza y tu cántico, sí, Él se ha convertido en tu salvación. De acuerdo a las Escrituras es un hecho revelado que, a su tiempo, Cristo murió por los impíos cuando aún eran débiles.

Tú has oído estas palabras cientos de veces, tal vez, y, sin embargo, nunca antes has percibido su significado. Esas palabras contienen un sabor alentador, ¿no es cierto? Jesús no murió por nuestra justicia, sino que murió por nuestros pecados. Él no vino a salvarnos porque fuéramos dignos de la salvación, sino porque éramos completamente indignos, y estábamos arruinados y perdidos. No vino a la tierra por alguna razón que se encontrara en nosotros, sino sola y únicamente por razones que extrajo de las profundidades de Su propio amor divino.

A su tiempo Él murió por aquellos a quienes describe, no como piadosos, sino como *impíos*, aplicándoles, como desesperanzados, el adjetivo que mejor pudo haber seleccionado. Si sólo tuvieras una mente pequeña, ocúpala con esta verdad, que es adecuada para una ínfima capacidad mental, y puede alentar al

corazón más afligido. Permite que este texto permanezca en tu lengua como un exquisito bocadillo, hasta que se disuelva dentro de tu corazón y sazone todos tus pensamientos; y luego, poco importará que esos pensamientos sean esparcidos como hojas de otoño. Personas que no han brillado nunca en la ciencia, ni han mostrado la menor originalidad de mente, han sido capaces de aceptar, sin embargo, la doctrina de la cruz y han sido salvadas así. *¿Por qué no habrías de ser salvado tú?*

Oigo que otro clama: *“Oh, señor, mi falta de fuerza radica principalmente en esto: que no puedo arrepentirme lo suficiente”*. ¡Los hombres tienen una curiosa idea de lo que es el arrepentimiento! Muchos se imaginan que es preciso derramar muchas lágrimas, y prorrumpir en muchos gemidos y soportar mucha desesperación. ¿De dónde proviene esta noción irrazonable? La incredulidad y la desesperación son pecados, y, por tanto, no veo cómo puedan ser elementos constitutivos del arrepentimiento aceptable; sin embargo, hay muchas personas que las consideran como partes necesarias de una verdadera experiencia cristiana. Están en un grave error. Aun así, sé lo que quieren decir, pues en los días de mi oscuridad yo solía sentir de la misma manera. Yo deseaba arrepentirme, pero pensaba que no podía hacerlo, y, sin embargo, todo ese tiempo me estaba arrepintiendo.

Por extraño que suene, yo sentía que no podía sentir. Solía meterme en un rincón y lloraba porque no podía llorar; y caía en una amarga aflicción porque no podía afligirme por el pecado. ¡Qué embrollo es todo cuando, en nuestro estado de incredulidad, comenzamos a juzgar nuestra propia condición! Es como un hombre ciego mirando a sus propios ojos. Mi corazón estaba derretido de miedo, porque pensaba que mi corazón era tan duro como una piedra adamantina. Mi corazón estaba quebrantado al pensar que no se quebrantaría. *Ahora* puedo ver que estaba exhibiendo la cosa precisa que yo pensaba que no poseía; pero *entonces* no sabía dónde me encontraba.

¡Oh, que pudiera ayudar a otros a gozar de la luz de la que ahora gozo! Anhele vehementemente decir una palabra que pudiera acortar el tiempo de su aturdimiento. Cuánto desearía decir unas cuantas palabras sencillas y pedirle **“al Consolador”** que las aplique al corazón.

Recuerda que el hombre que se arrepiente verdaderamente nunca está satisfecho con su propio arrepentimiento. No podemos arrepentirnos perfecta-

mente como tampoco podemos vivir perfectamente. Por puras que sean nuestras lágrimas, siempre habrá suciedad en ellas: siempre habrá algo de lo cual arrepentirse incluso en nuestro mejor arrepentimiento. ¡Pero escucha! Arrepentirse es cambiar tu mente en cuanto al pecado, y en cuanto a Cristo y todas las cosas grandiosas de Dios. En esto está implicado el dolor; pero el punto más importante consiste en volver el corazón, del pecado a Cristo. Si se da este retorno, entonces tienes la esencia del verdadero arrepentimiento, aunque ninguna alarma y ninguna desesperación hubieren proyectado su sombra en tu mente.

Si no puedes arrepentirte como quisieras, te ayudará grandemente a hacerlo si crees firmemente que **“Cristo... a su tiempo murió por los impíos”**. Piensa en esto una y otra vez. ¿Cómo podrías continuar siendo de corazón empedernido cuando sabes que por causa del amor supremo **“Cristo murió por los impíos”**? Permíteme persuadirte a que razones contigo mismo así: impío como soy, aunque este corazón de acero no quiera ablandarse, aunque golpee mi pecho en vano, sin embargo, Él murió por gente como yo, puesto que murió por los impíos. ¡Oh, que pudiera creer esto y sentir su poder en mi corazón empedernido!

Borra de tu alma cualquier otra reflexión, y siéntate durante horas y medita profundamente en este único amor, inesperado e inmerecido: “Cristo murió por los impíos”. Lee cuidadosamente la narración de la muerte del Señor, según la muestran los cuatro evangelistas. Si algo puede derretir tu obstinado corazón será la contemplación de los sufrimientos de Jesús, y la consideración de que Él sufrió todo esto por Sus enemigos.

“¡Oh Jesús!, dulces son las lágrimas que vierto,
Cuando arrodillado a Tus pies,
Contemplo Tu cabeza herida y desfalleciente,
Y siento todos Tus dolores.
Verte sangrar disuelve mi corazón,
Este corazón que era tan duro antes;
Te oigo interceder por los culpables,
Y la aflicción se desborda más todavía.
Fue por los pecadores que moriste,
Y yo vengo como pecador:
Convicto por Tus ojos moribundos,
Herido por Tu mano traspasada.”

En verdad la cruz es esa vara milagrosa que puede hacer salir agua de una peña. Si tú entiendes el pleno significado del sacrificio divino de Jesús, debes arrepentirte de haberte opuesto alguna vez a Aquel que está tan lleno de amor. Está escrito: “Mirarán a mí, a

quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito”. El arrepentimiento no te hará ver a Cristo, pero ver a Cristo te dará arrepentimiento. No puedes hacer un Cristo de tu arrepentimiento, pero debes mirar a Cristo para el arrepentimiento. El Espíritu Santo, al volvernos a Cristo, nos aparta del pecado. Aparta tu mirada del efecto y la dirige a la causa, de tu propio arrepentimiento al Señor Jesús, que es exaltado en lo alto para dar arrepentimiento.

He oído que otros dicen: *“Soy atormentado con horribles pensamientos. Doquiera que voy, las blasfemias se meten furtivamente en mí. Frecuentemente en mi trabajo una terrible sugerencia fuerza su entrada en mí, e incluso en mi cama me despierto sobresaltado de mi sueño por los susurros del maligno. No puedo alejarme de esta horrible tentación.”*

Amigo, entiendo lo que dices, pues yo mismo he sido perseguido por este lobo. Un hombre podría esperar de igual manera luchar contra un enjambre de moscas con una espada como querer controlar sus propios pensamientos cuando son instigados por el diablo. Una pobre alma tentada, asediada por sugerencias satánicas, es como un viajero de quien he leído, que fue agredido por un enjambre de abejas furiosas que cubrieron su cabeza y sus orejas y todo su cuerpo. No podía alejarlas ni escapar de ellas. Le picaron por todas partes y casi le matan.

No me sorprende que sientas que estás sin fuerzas para detener estos horribles y abominables pensamientos que Satanás esparce en tu alma; no obstante, quisiera recordarte el versículo de la Escritura que estamos considerando: “Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos”. Jesús sabía dónde estábamos y dónde habríamos de estar; Él vio que no podríamos vencer al príncipe de la potestad del aire; Él sabía que nos afligiría grandemente; pero aún entonces, cuando nos vio en esa condición, Cristo murió por los impíos. Arroja el ancla de tu fe en este lugar. El propio demonio no puede decirte que no eres impío; cree, entonces, que Jesús murió incluso por personas como tú.

Recuerda la manera en que Martín Lutero le cortó la cabeza al demonio con su propia espada. “Oh”, -le dijo el demonio a Martín Lutero- “tú eres un pecador”. “Sí”, -respondió él- pero “Cristo murió para salvar a los pecadores”. Así lo hirió con su propia espada. Ocúltate en este refugio y mantente allí: “Cristo... a su tiempo murió por los impíos”. Si sientes esa verdad, tus pensamientos blasfemos que

no puedes echar fuera porque careces de fuerza, se irán por sí solos, pues Satanás verá que no está respondiendo a ningún propósito al plagarte con ellos.

Estos pensamientos, si tú los odias, no son tuyos, sino que son inyecciones del demonio, y él es responsable por ellos, y no tú. Si te opones a ellos, no te pertenecen más que las blasfemias y las falsedades de los alborotadores de las calles. Es por medio de estos pensamientos que el diablo quisiera conducirte a la desesperación, o al menos, impedir que confíes en Jesús. La pobre mujer enferma no podía acercarse a Jesús por causa de la turba, y tú estás en gran medida en la misma condición, debido a la embestida del tropel de estos terribles pensamientos. Aun así, ella extendió su dedo y tocó el borde del manto del Señor, y fue sanada. Haz tú lo mismo.

Jesús murió por quienes son culpables de “todo pecado y blasfemia”, y, por ello, estoy seguro de que no rechazará a aquellos que son involuntariamente cautivos de malos pensamientos. Arrójate sobre Él, con tus pensamientos y todo, y comprueba si no es grande para salvar. Él puede acallar esos horribles susurros del maligno, o puede capacitarte para que los veas a la luz verdadera, para que no te preocupes por ellos. A Su manera, puede y quiere salvarte y, al fin, te dará perfecta paz. Sólo confía en Él, tanto para esto como para todo lo demás.

Tristemente desconcertante es esa forma de incapacidad que se esconde en una supuesta **falta de poder para creer**. No es extraño para nosotros este clamor: “Oh, que pudiera creer, Pues todo sería fácil; Yo quisiera, pero no puedo; Señor, alíviame, Mi ayuda ha de venir de Ti.”

Muchos permanecen en la oscuridad durante años, porque no tienen poder, según dicen, para hacer aquello que es la renuncia de todo poder para reposar en el poder de otro: el Señor Jesús. En verdad, todo este asunto de creer es algo muy curioso, pues la gente no recibe mucha ayuda cuando trata de creer. La fe no viene por tratar. Si una persona fuera a hacer una declaración de algo que sucedió hoy, yo no le diría que intentaría creerle. Si creyera en la veracidad del hombre que me relató el incidente y que dijo que lo presencié, yo aceptaría la declaración de inmediato. Si no lo considerara un hombre veraz, por supuesto que no le creería; pero no habría ningún *intento* en el asunto. Ahora, cuando Dios declara que hay salvación en Cristo Jesús, yo debo creerle de inmediato o hacerle mentiroso. Seguramente no dudarás en cuanto a cuál es el sendero correcto en este caso. El testimonio de

Dios debe ser verdadero, y estamos obligados a creer en Jesús de inmediato.

Pero posiblemente hayas estado tratando de creer demasiado. Nosotros no apuntamos a grandes cosas. Debe bastarte tener la fe que pueda sostener en su mano está sola verdad: **“Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos”**. Él entregó Su vida por hombres que todavía no creían en Él, ni eran capaces de creer en Él. Él murió por los hombres, no como creyentes, sino como pecadores. Él vino para convertir a estos pecadores en creyentes y santos; pero cuando murió por ellos los veía como totalmente débiles. Si te aferras a la verdad que Cristo murió por los impíos, y la crees, tu fe te salvará, y puedes irte en paz. Si confías tu alma a Jesús, que murió por los impíos, aunque no puedas creer todas las cosas ni mover montañas, ni hacer otras cosas portentosas, eres salvo.

La fe que salva no es la gran fe sino la verdadera fe; y la salvación no está en la fe, sino en el Cristo en quien la fe confía. La fe como un grano de mostaza traerá la salvación. El punto que ha de ser considerado es la sinceridad de la fe y no la medida de fe. Ciertamente un hombre puede creer aquello que sabe que es verdad; y como sabes que Jesús es verdadero, tú, amigo mío, puedes creer en Él.

La cruz, que es el objeto de la fe, es también, por el poder del Espíritu Santo, su causa. Siéntate y contempla al Salvador moribundo hasta que la fe brote espontáneamente en tu corazón. No hay lugar como el Calvario para producir la confianza. El aire de ese sagrado monte trae salud a la trémula fe. Muchos contempladores han dicho de allí:

“Viéndote herido, doliéndote,
Desfallecido en el maldito madero,
Señor, yo siento que mi corazón cree
Que Tú sufriste así por mí.”

“¡Ay!”, -clama otro- **“mi falta de fuerzas está en este sentido, que no puedo renunciar a mi pecado, y yo sé que no puedo ir al cielo si llevo conmigo mi pecado.”** Me alegra que sepas *eso*, pues es muy cierto. Tienes que estar divorciado de tu pecado, o no puedes casarte con Cristo. Recuerda la pregunta que pasó como relámpago por la mente del joven Bunyan cuando practicaba sus deportes en el descampado un día domingo: “¿Abandonarás tus pecados e irás al cielo, o conservarás tus pecados e irás al infierno?” Esto le hizo sentirse extremadamente compungido. Esa es una pregunta que todo hombre tendrá que responder: porque no existe tal cosa como continuar en el pecado e ir al cielo. Eso no puede

ser. Debes renunciar al pecado o renunciar a la esperanza.

Si respondieras: “Sí, estoy lo suficientemente dispuesto. El querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. El pecado se enseñorea de mí, y no tengo fuerzas”; ven, entonces, si no tienes fuerzas, pues este texto sigue siendo válido: **“Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos”**. ¿Puedes creer *eso* todavía? Por mucho que otras cosas parezcan contradecirlo, ¿estás dispuesto a creer en él? Dios lo ha dicho, y es un hecho; por tanto, sujétate a él con mano firme, pues tu única esperanza está contenida allí. Cree en esto y confía en Jesús, y pronto encontrarás poder para eliminar a tu pecado; pero aparte de Él, el hombre fuerte armado te retendrá por siempre como su esclavo.

Personalmente, nunca habría podido vencer a mi propia condición pecaminosa. Intenté, pero fracasé. Mis propensiones malvadas eran demasiado para mí, hasta que, en la creencia que Cristo murió por mí, confié mi alma culpable a Él, y entonces recibí un principio vencedor mediante el cual derroté a mi yo pecaminoso. La doctrina de la cruz puede ser usada para eliminar el pecado, de la misma manera que los antiguos guerreros usaban sus gigantescas espadas a dos manos, y derribaban a sus enemigos con cada golpe. No hay nada como la fe en el Amigo de los pecadores: esa fe vence todo mal. Si Cristo murió por mí, impío como soy, débil como soy, entonces no puedo vivir más en el pecado, sino que he de disponerme a amar y servir a quien me ha redimido. No puedo tratar a la ligera el mal que hizo morir a mi mejor amigo. He de ser santo por Su causa. ¿Cómo podría vivir en pecado cuando Él murió para salvarme del pecado?

Mira cuán espléndida ayuda es para ti, que estás débil, saber y creer que a su tiempo Cristo murió por los impíos como tú. ¿Ya has captado la idea? Ver la esencia del Evangelio es muy difícil, de alguna manera, para nuestras mentes entenebrecidas, prejuiciados e incrédulas. A veces he pensado, al terminar de predicar, que expuse el Evangelio tan claramente, que la nariz en el rostro de uno no podría ser más evidente; y, sin embargo, percibo que incluso oyentes inteligentes no han podido entender lo que significaba: **“Mirad a mí, y sed salvos”**. Los convertidos dicen usualmente que no habían entendido el Evangelio hasta tal y tal día; y, sin embargo, lo habían oído durante años. El Evangelio es desconocido, no por falta de explicación, sino por la ausencia de la revelación personal. El Espíritu Santo está presto a darla, y la dará a quienes se la pidan. Sin embargo, una vez dada, el resumen de toda la verdad revelada está contenido den-

tro de estas palabras: “Cristo murió por los impíos”.

Oigo a otro que se lamenta así: **“Oh señor, mi debilidad radica en esto: que pareciera que no puedo mantener por largo tiempo una sola mente. Oiga la palabra un día domingo, y quedo impresionado; pero en la semana me encuentro con un amigo malvado y mis buenos sentimientos se desvanecen. Mis compañeros de trabajo no creen en nada, y dicen cosas muy terribles, y yo no sé cómo responderles, y de esta manera me encuentro arrollado.”**

Yo conozco a este ‘Flexible Plástico’ muy bien, y tiemblo por él; pero al mismo tiempo, él es realmente sincero, y su debilidad puede ser tratada por la gracia divina. El Espíritu Santo puede echar fuera al espíritu maligno del temor del hombre. Puede hacer valiente al cobarde.

Recuerda, mi pobre amigo vacilante, que no debes permanecer en este estado. No conviene nunca que seas mezquino y miserable contigo mismo. Ponte de pie, erguido, y mírate, y ve si fuiste creado para ser como un sapo bajo una rastra, temiendo por tu vida si te mueves o te quedas quieto. Tienes que tener una mente propia. Esto no es únicamente un asunto espiritual, sino un asunto que concierne la hombría diaria. Yo haría muchas cosas para agradar a mis amigos; pero ir al infierno para agradecerles es más de lo que estoy dispuesto a aventurarme. Podría ser muy bueno hacer esto y aquello en aras del buen compañerismo; pero de nada sirve perder la amistad de Dios para mantener unas buenas relaciones con los hombres.

“Eso lo sé”, -dice alguien- “pero, aun así, aunque lo sé, no puedo cobrar valor. No puedo mostrar los colores de mi uniforme. No puedo mantenerme firme.” Bien, para ti también tengo el mismo texto: **“Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos”**. Si Pedro estuviera aquí, diría: “el Señor Jesús murió por mí incluso cuando yo era una criatura tan pobre y débil que la criada que atizaba el fuego me condujo a mentir y a jurar que yo no conocía al Señor”. Sí, Jesús murió por aquellos que lo abandonaron y huyeron. Sujeta firmemente esta verdad: **“Cristo murió por los impíos cuando aún eran débiles.”** Esta es tu vía de salida de tu cobardía. Graba esto en tu alma: **“Cristo murió por mí”**, y pronto estarás listo para morir por Él. Cree que Él sufrió en tu lugar y en tu posición, y que ofreció por ti una expiación satisfactoria, verdadera y plena. Si crees en ese hecho, te verás forzado a sentir: **“no puedo avergonzarme de Aquel que murió por mí”**. Una plena convicción de que esto es verdad te infundirá un intrépido valor.

Mira a los santos de la época de los mártires. En los primeros días del cristianismo, cuando este grandioso pensamiento del excepcional amor de Cristo fulguraba en toda su frescura en la iglesia, los hombres no sólo estaban dispuestos a morir, sino que se volvieron más ambiciosos para sufrir, e incluso se presentaban por centenas ante los tribunales de los gobernantes, confesando a Cristo. Yo no digo que hayan sido sabios al cortejar a la cruel muerte; pero demuestra mi punto: que un sentido del amor de Jesús transporta la mente por encima de todo temor de lo que el hombre pueda hacernos. ¿Por qué no habría de producir el mismo efecto en ti? ¡Oh, que te pudiera inspirar ahora con una valiente determinación para ponerte abiertamente del lado del Señor, y ser Su seguidor hasta el fin!

¡Que el Espíritu Santo nos ayude a llegar hasta este punto por medio de la fe en el Señor Jesús, y todo saldrá bien!

CORAM DEO (Ante la cara de Dios)

Las demandas de la fe

Romanos 6:22-23 (LBLA)

²² **“Pero ahora, habiendo sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como resultado la vida eterna.**

²³ **“Porque la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro”.**

En el momento que confiamos en Jesús como Señor y Salvador, iniciamos una vida de fe. Es decir, vivimos con la seguridad de que Dios es quien dice ser, y que hará todo lo que promete. La salvación es instantánea, pero se necesita toda una vida para aprender y comprender lo que eso implica.

En cuanto somos salvos, Dios comienza el proceso de *santificación*, enseñándonos a ser como Él. Es un proceso, ya que toma tiempo aprender a andar por fe, confiando en lo que no podemos ver.

Aun cuando el Espíritu de Dios vive en nosotros, luchamos con nuestra carne. Si bien deseamos hacer lo que Dios dice y ver lo que Él ve, flaqueamos debido a nuestra naturaleza pecaminosa y luchamos con

nuestras propias fuerzas, de acuerdo con nuestro razonamiento. De manera que, debemos decidir cada día seguir la dirección de Dios.

Una de las cosas más importantes para madurar en la fe es aprender a escuchar a nuestro Padre celestial. Puesto que hacerlo no es una tendencia natural, es necesaria la disciplina. Lo mejor es fijar una hora específica cada día para meditar en la Palabra de Dios. Espere con ansias que Jesús le hable, y escuche lo que Él le diga. Escribas notas en su Biblia, asentando la fecha y lo que el Señor le ha inspirado. Después, aplique la verdad que ha aprendido y observe los resultados.

CORAM DEO (Ante la cara de Dios)

Para pensar:


Escuchar la voz de Dios y estar en armonía con su Espíritu es vital para andar por fe. Pero estas cosas no ocurren por casualidad, requieren persistencia. Al igual que con el ejercicio físico, cuanto más fortalecemos nuestros “músculos” espirituales, más natural será en nosotros el proceso.

West Los Angeles Living Word Christian Center



6520 Arizona Avenue
Los Angeles, CA 90045 USA
(310) 645-2522 or (310) 665-0137

Email: admin@wlalwcc.org
Web Site: www.wlalwcc.org



Covington
Dr. Steve Sullivan, President
Theological Seminary
Conservative in Theology : Liberal in Love and Service

Quality education through home study for those who cannot attend a campus setting.

Associate, Bachelor, Master and Doctorate Degrees offered

Areas of study Available:
Theology
Bible
Pastoral
Christian Education
Counseling
Music
Ethnic Studies
Accredited by ACI

**Training Leaders
Impacting Eternity**

For more information contact us today: P.O. box 176, Rossville, GA, 30741
Located at 1168 Cross St, Fort Oglethorpe, GA, 30742
Ph: 706-866-5626 Fax 706-861-3550 Email: registrars@covingtonseminary.org
To request a catalogue give us a call or email: info@covingtonseminary.org

International Extension Schools

The North Andros Bible Institute
Barbados, Bahamas
Covington Theological Seminary of Brazil
Rio de Janeiro, Brazil
Covington Theological Seminary of Chile
Talagante Santiago, Chile
The Ghana Baptist Institute & Bible College
Accra, Ghana
Covington Theological Seminary of Honduras
Tegucigalpa, Honduras
Covington Theological Seminary of New Delhi
New Delhi, India
Covington Theological Seminary of Gudiwada
Krishna-Andhrapradesh, India
Covington Theological Seminary of Indonesia
Papua, Indonesia
Blue Mountain Baptist Bible College
Ogbomosho, Oyo State, Nigeria
Covington Theological Seminary of Pakistan
Lahore, Pakistan
Covington Theological Seminary of the Philippines
Bohol, Philippines
Covington Theological Seminary of Perú
CUSCO, Perú
Covington Theological Seminary of Romania
Susani, Romania
Covington Theological Seminary of South Africa
Johannesburg, South Africa
Covington Theological Seminary of Swaziland
Mbabane, Swaziland
Covington Theological Seminary of Zimbabwe
Bulawayo, Zimbabwe